

EN PERÚ NUNCA TE ABURRES



POR JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

Circulan en las redes sociales infinidad de minivideos con el lema “En Perú nunca te aburres” mostrando escenas increíbles de la vida cotidiana en nuestro país que rayan siempre con el ridículo, la hilaridad, el chiste, para incredulidad de quienes los ven. Así, vemos una ancianita cusqueña haciendo subir a su llama a un taxi, o vemos a una cobradora de un microbús repleto pasando a cobrar por encima de las cabezas de los pasajeros, o el joven que viaja en el tren eléctrico sentado en su banquito de plástico, o a “Donald Trump” dirigiendo el tránsito. Parecida sensación nos dan las actuales elecciones generales en el Perú, por lo increíbles, ridículas y absurdas.

La actual campaña presidencial peruana es la expresión más descarnada de la crisis política estructural que atraviesa al país desde hace muchas décadas. En ese contexto, el proceso electoral revela no solamente fallas técnicas o errores puntuales, sino una combinación de precariedad institucional, sesgos mediáticos y desorganización logística que, en conjunto, han obedecido a una estrategia de manipulación destinada a garantizar la victoria de la ultraderecha en esta caricatura que solo los pobres de espíritu insisten en llamar “democracia”.

Aquí debemos insistir explícitamente que todo el



proceso electoral es solo una trinchera más de lucha entre las clases explotadas del Perú, poblaciones andinas, pueblos originarios amazónicos, migrantes de los grandes asentamientos humanos de las ciudades, vendedores ambulantes, jóvenes sin futuro, insuficientemente representadas por los partidos teóricamente izquierdistas, como Juntos por el Perú y Venceremos, contra las clases dominantes de siempre, aquellos poseedores del poder económico, mediático, militar y religioso, que una vez más tratan de engañar al pueblo con dulces promesas “democráticas” para seguir enriqueciéndose a costa de los peruanos representados principalmente por Fuerza Popular, Renovación Popular y una numerosa cuadrilla de sirvientes del capital.

En este punto de partida hay un escenario profundamente fragmentado. Con casi 40 candidatos y una población harta de la omnipresente corrupción política, la elección ya nació debilitada como mecanismo de representación. La dispersión del voto -con candidatos liderando apenas con alrededor del 16-17%- refleja un sistema político incapaz de articular mayorías y proyectos coherentes. Esta fragmentación es la consecuencia de años de inestabilidad, con ocho presidentes desde 2018 -todos ellos en la cárcel y uno presuntamente suicidado-, lo que ha consolidado un rechazo

(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado "L'État et la guerre chez les Inkas" (París, 2014), "Jirones de Cultura" (Lima, 2014) y "Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras" (Riga, 2019), "Déjame que te cuente" (Madrid, 2025)



total a esta permanente inestabilidad.

En este contexto, el papel de los organismos electorales, especialmente la ONPE y el JNE, adquiere una relevancia decisiva. Formalmente, ambas instituciones han insistido cínicamente en la integridad del proceso y observadores internacionales han señalado que no existen pruebas de fraude y que los problemas detectados deben diferenciarse de la legitimidad del sistema en sí. Sin embargo, esta distinción, técnicamente válida, resulta políticamente insuficiente cuando la experiencia concreta de los ciudadanos es marcada por el caos y el desorden.

Los problemas logísticos han sido, sin duda, el rasgo más visible y dañino del proceso. La elección tuvo que extenderse a un segundo día debido a fallos en la distribución de material electoral, escasez de papeletas y problemas técnicos en múltiples centros de votación. Más de 50.000 personas no pudieron votar en el día previsto, y al menos 211 mesas no llegaron a instalarse, afectando a decenas de miles de electores. En algunos

distritos de Lima, la jornada comenzó con horas de retraso debido a cuestiones tan básicas como la falta de tinta en impresoras o la ausencia de personal capacitado y una aparatosa cédula de sufragio que, conteniendo casi cuarenta partidos en cinco columnas, era una “sábana” que dificultó el voto y, más aún, el conteo, que conllevó una casi generalizada amanecida de miembros de mesa y personeros.

Este cúmulo de errores no puede ser considerado como una simple anécdota administrativa o una “metida de pata” del destino. La reiteración de fallas - distribución tardía de materiales, locales que no abren, sistemas que colapsan, cédulas en la basura, cédulas ya rellenas antes de la votación- indican un escenario escrupulosamente planificado por el Estado. La propia ONPE reconoció errores en la distribución, mientras que su dirección enfrentó cuestionamientos e incluso renuncias en medio de la crisis. La reacción del JNE, autorizando la extensión del proceso electoral, dio una medida necesaria pero también reveladora de que el acto electoral el 12 de abril no estaba garantizado.

El problema no es solo la existencia de errores, sino su impacto desigual. Las zonas más afectadas por las fallas logísticas han sido, en muchos casos, áreas urbanas populares o asentamientos humanos, donde el acceso al voto es siempre más difícil. Es sintomático que todo esto haya perjudicado más a los sectores tradicionalmente excluidos y,

por tanto, a las candidaturas que dependen de ellos. Es decir, todo estaba planificado para que los candidatos de los candidatos progresistas, Juntos por el Perú y Venceremos, saliesen perdiendo.

Algunos candidatos llegaron a denunciar fraude o manipulación, pero sin aportar evidencia sólida. Sin embargo, el problema no es simplemente de si hubo fraude o no, sino que todo el proceso puede ser formalmente limpio y, al mismo tiempo, profundamente desigual en sus condiciones materiales.

A esto se suma el papel de los medios de comunicación, especialmente la absurdamente valorada televisión. Los debates electorales no permitieron ninguna deliberación mínimamente seria, sino que solo ofrecieron ser espectáculo. Formatos rígidos, intervenciones breves, moderadores incapaces y una clara orientación hacia el impacto inmediato provocaron la simplificación del discurso político. Esto es grave en un país con alta desigualdad educativa y acceso desigual a la información, en donde este tipo de debates cumplen, así, más bien una función deliberada de desinformación.

La evidencia histórica muestra que la televisión peruana ha favorecido siempre a candidatos de derecha tanto en tiempo de exposición como en el enfoque de la cobertura. Aunque el contexto de 2026 presenta variaciones, la estructura original persiste: concentración mediática, centralismo limeño y una

búsqueda de audiencia basada en el conflicto y desdeñando el contenido. Esto es así porque los medios de comunicación son propiedad de los sectores reaccionarios del país con intereses concretos en las elecciones.

La fragmentación del sistema político, con decenas de candidatos, ha llevado a formatos caóticos, donde el tiempo asignado impedía cualquier desarrollo serio de propuestas. El resultado fue un intercambio de consignas, ataques y hasta insultos, sin espacio para el desarrollo de propuestas mínimamente elaboradas.

La lentitud en el conteo de votos, a ritmo de procesión y que va a concluir, posiblemente, a mediados de mayo, alimenta la incertidumbre, la desconfianza y despoja al proceso de toda legitimidad.

El riesgo es que esta dinámica se consolide. Que el electorado se acostumbre a procesos defectuosos, a resultados tardíos y a campañas superficiales. Frente a ello, la tarea pasa por reformas serias en la organización estatal - recuérdese el pedido mayoritario de la población por darse una nueva constitución que aún está latente- y electoral, por una real democratización del sistema mediático dando participación a los agentes sociales y por la creación de espacios de deliberación y reflexión serias. Estas son medidas contrarias a los intereses de las clases dominantes y no podrán ser realizadas con una minoría progresista en el congreso y sin la movilización real de las

clases trabajadoras. La asamblea constituyente toca a la puerta.

Los escenarios que se presentan en estos momentos son diversos, pero todos negativos para las clases trabajadoras. Si se aceptan las reglas de este proceso electoral habría ganado la enemiga pública Nº 1 de todos los peruanos: Keiko Fujimori, jefa de la mafia neofascista. Con una ventaja de más de 20 mil votos se sitúa el izquierdista Roberto Sánchez antes que el ultracatólico López Aliaga, quien clama ya al fraude y ofreció 20 mil soles por pruebas del caso. Más atrás, ya sin mayores posibilidades están los demás candidatos de relleno. Como el conteo es tan caótico y lento no hay aún cifras definitivas de nada; pero se calcula que dos tercios de la población votaron nulo, viciado o no votaron, lo que da pie al justo reclamo de amplios sectores por nuevas elecciones, aunque esto significaría a día de hoy solamente postergar el actual proceso un año más.

Un primer escenario es si pasan a la segunda vuelta la Fujimori y Roberto Sánchez, lo que crearía, como en 2021, un gran bloque anti fujimorista (“todos contra la KK”) en la segunda ronda electoral, en junio, con un previsible triunfo de Roberto Sánchez. Si Roberto Sánchez pasase entonces, como Pedro Castillo pasó

antes, el pueblo movilizado tendría que dotarse de mecanismos y vías de fiscalización para evitar los errores cometidos por Pedro Castillo y para vigilar el accionar de los flamantes elegidos de Juntos por el Perú.

El siguiente escenario sería si pasase la Fujimori con López Aliaga, es decir si los peruanos tuviésemos que elegir entre dos representantes de la extrema derecha, dilema similar al de Atawallpa teniendo que escoger entre morir estrangulado o quemado vivo. Esto, sin embargo, no será así y la sangre no llegará al río. El JNE acaba de declarar inviable la celebración de elecciones “complementarias”, o sea que los pocos más de 20 mil votos que Roberto Sánchez le lleva de ventaja a López Aliaga son definitivos. Se repite, pues, la segunda ronda de 2021: Roberto Sánchez se enfrentará a Keiko Fujimori, la enemiga pública Nº 1 del Perú los peruanos de bien nos preparamos a expulsar a la jefa de la mafia fujimorista y a enfrentar a su corrupta mayoría en el ilegal senado.

En Perú nunca te aburres. Pero si piensas en tus hijos, en tus nietos y en tu patria, quizá comiences a pensar en hacer algo por luchar contra tus enemigos, nuestros enemigos, compatriota peruano. ¡Abre los ojos en la segunda vuelta y no votes por tus enemigos!

